

## ASPECTOS DE UNA AMISTAD

SAN MARTIN Y WILLIAM MILLER (\*)

### I

ARGUMENTO: I) a. - Seducción del mecanicismo histórico. - b. - Concepto de amistad en Sócrates, Aristóteles y Cicerón. - c. - Nuestra discrepancia con el primero e identificación con el Estagirita. II) a. - Rasgos biográficos de Miller. Actuación militar. - b. - Atracción por las armas. - c. - Londres y Buenos Aires en la segunda década del siglo anterior. - d. - Miller en el Plata. - e. - Frente a su nuevo jefe en el Campamento de "Las Tablas". III) a. - Vinculación de San Martín con los británicos y en especial con el Comodoro Bowles. IV) a. - Cancha Rayada. Actuación de Miller. Recompensas. - b. - Campaña de los "Puertos intermedios". - c. - Retiro de San Martín y viaje a Europa. - d. - Contradictorio recibimiento en Francia y Gran Bretaña. - e. - Su vida en Bruselas. - f. - Cartas y visitas de Miller. - g. - Francia le abre sus puertas: Grand Bourg y Boulogne.

Hay una innegable aunque comprensible atracción pitagórica en las fechas centenarias, algo que punza el espíritu como si esperara igual acontecer.

Quizá haya en ésto una inconsciente interpretación mecanicista de la historia pero esos hechos no son susceptibles de método alguno, guardando relaciones sólo como individualidades. Sin embargo, la analogía —en determinadas circunstancias— se inclina decididamente a ello y la euforia o la meditación domina a los espíritus pensantes.

---

(\*) Trabajo presentado al Congreso Regional de Historia del Libertador San Martín, realizado en Buenos Aires y al que concurrió su autor como invitado especial.

El año 1950 trajo a la memoria —con mayor detención que de costumbre— la fisonomía y las hazañas del general José de San Martín, la más grande figura nacional en la rama castrense.

De las innúmeras fuentes de su vida —acrescentadas en mucho últimamente— entresacamos algo que aproxima a quien busca ante todo comprenderlo: es su concepto de amistad. A través de Guido tal vez o de Aguado, Gómez u O'Higgins? Debemos concluir entonces que muchos merecieron su estima y su confianza? No, ni fueron muchos ni es ninguno de los nombrados quien polariza ahora la atención.

Pero antes de adentrarnos en el tema, un pensamiento exige lugar de privilegio: es precisamente esa idea de amistad. Claro está que el afán de contestarla nos acerca a un corazon, que pasando por el filo de la gloria, conoció también el amargor de la derrota, el aleteo de la muerte en acción, el agobio que produce la responsabilidad de tantas vidas y el odio malediscente salpicando las conductas más puras. Y, cuando como en este caso, una vida ofrece espléndido venero para medir a los hombres, también proporciona juicios que facilitan la valoración moral de su propia persona.

¿Qué es entonces la amistad? Sócrates —incansable buscador del alma humana— aborda en el "Lisis" la pregunta sin abrir juicio definitivo en su derroche dialéctico pero admitiendo que "el pobre es amigo del rico, el débil del fuerte, el enfermo del médico y el ignorante del sabio. Los más opuestos son los más amigos por esa fatalidad humana que se hace desear lo contrario de lo que se es".

La paradoja puede aceptarse en lo que toca al mundo físico pues tal como decía Eurípides "la tierra desecada ama la lluvia y el cielo brillante cuando está lleno de agua gusta precipitarse sobre la tierra", pero no ocurre lo propio en el mundo moral ya que entonces debería admitirse que lo justo se aviene con lo injusto; el amor con el odio y así indefinidamente.

Es Aristóteles, el formidable analista, quien nos informa

sobre el tema en todos los detalles, precisando las condiciones de una amistad perfecta y estimándola propia de los hombres virtuosos porque se desean mutuamente el bien (1).

Aún admitiendo que la virtud no es el único cartabón humano y muchas veces aísla, restando simpatías al vérselo tan alto, es el que cabe en este caso pues sólo puede darse entre iguales. No escapa al dictamen ni la feliz apreciación ciceroniana cuando inspirándose de seguro en el taumaturgo Empédocles, admitía que "el verdadero amigo le mira al otro como una imagen de si mismo" (2).

Y ahora, aclarado el principio, volvamos la mirada, aun que más no sea por breve tiempo a 1817.

En el mes de agosto de ese año, llega a Buenos Aires, el militar británico William Miller con el propósito de ponerse al servicio de las fuerzas patriotas.

Alto, rubio, con botas y chuletas que popularizara Wellington, venía con el prestigio bien ganado en muy distintos campos de batalla no obstante su extrema juventud.

En efecto, había nacido en Wingham, Condado de Kent, en 1795, perteneciendo a la "gentry" esto es a la pequeña nobleza. Poco se sabe de sus primeros años y en sus Memorias y cartas nunca habla de sus padres. Lo cierto es que bien pronto fué destinado a la carrera militar y ya en 1811 era artillero en los Ejércitos del Duque de Hierro que operaban en España. Pero su cargo no era a retaguardia como lo hubiera podido exigir su mocedad, pues estuvo en los sitios de Ciudad Rodrigo, Badajoz y San Sebastián, en la batalla de Vitoria y en la arremetida de Bayona.

La retirada de los franceses dejó libre a España, brindándole entonces a Miller cambio de destino. En ese año de 1814 integró los ejércitos del general Ross que lucharon contra los insurrectos americanos del Norte y tras haber intervenido en acciones importantes y salvar a duras penas su

---

(1) ARISTÓTELES, *Moral a Nicómaco*, págs. 256/7, Buenos Aires, 1946.

(2) CICERON, M. T., *De la amistad*, pág. 278, O. C., t. IV, 1893.

vida, al naufragar en el Missisipi, vuelve a Europa, a tiempo para intervenir como Teniente en la famosa batalla de Waterloo.

Era ya un veterano en plena juventud, pero no aviniéndose a la tranquila vida del comercio que intentó en el bienio de 1816 y 17, su inquieto espíritu lo empujó a playas argentinas.

Abandonaba así todos los atractivos de la gran capital para correr tras lo desconocido. Dejaba un Londres que se transformaba rápidamente pues ya no circulaban pesadas carrosas, sino coches ligeros, veloces y sin dorados. Habían caído en desuso los tricornos de las cabezas de los hombres y no se veían "paniers" en las faldas de las mujeres. Aquellos vestían ahora fracques oscuros, pantalones claros, botas con vueltas y amplias corbatas anudadas sabia y descuidadamente a la vez. Era el reinado de Brummell que tardaba tres horas en ponerse la suya; la época de las comidas de doce a catorce platos y como sobremesa música de arpa y clavecino.

Los cafés, por su parte, ceden lugar a los clubes elegantes como Almack y Brook. Las grandes residencias como Holland House, Landsdown House son ahora centros de intensa vida social y política, donde al igual que en Francia, mujeres intelectuales son el eje de la reunión.

Allí destacaban su personalidad Lady Holland, Lady Elisabeth Foster, Mrs. Crewe, la Viscondeza de Melbourne y sobre todas ellas, la deslumbrante Georgina Spencer inmortalizada por los mejores pintores.

A cambio de todo eso estaba en Buenos Aires y fácil es reconstruir el espectáculo que se le presentaba ante su vista: mulatas desparramando sus líos de ropa sobre el verde que crecía entre charcos y toscas, así como la carreta transportando al pasajero a tierra firme ante la falta de muelle. Y ya en la ciudad que a casi dos décadas del movimiento emancipador no se había despojado aún del ropón virreinalicio, los candombes con reminiscencia clásica, el risueño pregonar de masamorra y pasteles, carros aguateros, lecheritos a caballo

y el silencio de las siestas en la obligada pausa del calor, sólo interrumpido en las pulperías del entorno por el juego de monte que obsesiona a los gauchos. Y cuando la hora del reposo llega a sus cincuenta mil habitantes, rompe su noctívago silencio el monótono canto del sereno.

Pronto se habituó a la nueva vida. Traía algunas cartas de recomendación y entre ellas una para Mr. Dickson quien lo presentó al Director Pueyrredón. A indicación de éste, expuso Miller por escrito sus deseos y el 27 de noviembre de ese año se le extienden despachos que le acreditan como Capitán de artillería.

En tanto, estudia cuidadosamente las costumbres, a la vez que asimila los métodos de guerra utilizados por los nativos. Visita estancias en el sur de donde volvería mencionando con gran simpatía a los gauchos y su habilidad como jinetes, aunque admite que miran compasivamente al que lo hace con temor.

Nuevas amistades le habrían de hacer propuestas en el comercio pero su indecisión fué inclinada por Mrs. Mackinlay, al decirle: “Si yo fuera un hombre joven como Ud. nunca abandonaría la carrera de la gloria para alcanzar riquezas”. Cuarenta y ocho horas después se despide de sus amigos para seguir definitivamente la trayectoria que iniciara en la niñez.

¿Se daba cuenta de la resolución tomada? ¿Cómo era y cómo sería recibido por su nuevo jefe? ¿Lograría colocarse a la altura de sus flamantes galones? Tales preguntas le habrán obsesionado en el trayecto y sin embargo debió causarle más gracia que enojo oír a un postillón manifestar —al requerirsele opinión sobre la clase de pasajero que llevaba. “No sabe nada, ni pitar siquiera” y esto, porque había rechazado un cigarro que le ofreció en el viaje.

Al fin, en enero de 1818 llega al Campamento de “Las Tablas” —a veinticinco leguas de Santiago— donde presenta sus despachos al general San Martín quien lo destina al Regimiento de Buenos Aires. Y describe a su flamante jefe como persona alta, gruesa, de formas físicas marcadas, rostro moreno, ojos negros y penetrantes; maneras dignas, amistosas y

francas; conversación animada, fina e insinuante; sencillez como tónica de su carácter y cierra el pensamiento anotando: "gusta forjarse amistades sinceras y duraderas". Tal encuentro entre ambos, habría de ser el inicio de una amistad que sólo la muerte pudo quebrantar.

Pero el tiempo apremiaba y no podía diferirse el plan de lucha. Por eso, cuando sobrevino el magnífico triunfo de Chacabuco, el Libertador —con el fin de obtener los medios con qué formar la escuadra para invadir al Perú— se dirige rápidamente a Buenos Aires. Pero además, llevaba el propósito de solicitar consejo y apoyo de un antiguo conocido en España y ahora jefe de la escuadra británica en el Atlántico Sur: el Comodoro William Bowles.

San Martín se anticipa al encuentro con una afectuosa carta en la que le dice: "...muy necesaria sería su presencia de Ud. en ésta. Una entrevista entre Ud. y yo podría contribuir en mucho al bien de estos países y yo espero que si está en su arbitrio lo hará". Y agrega a renglón seguido: "Sería conveniente viniesen a estos mares algunas fuerzas de guerra británicas tanto para proteger su comercio como para las ventajas que podrían resultar por su presencia" (3).

Puede apreciarse en lo transcripto, cómo eran requeridos los marinos británicos para hacer entrar en razón a los españoles. Pero desgraciadamente cuando el jefe americano llega a Buenos Aires, Bowles zarpaba rumbo al Pacífico con el mismo propósito y San Martín deja en manos de Stapples —el agente británico— otra carta por demás elocuente para exigir comentario, pues manifiesta: "He tenido el gran sentimiento de que el penoso y dilatado viaje haya sido inútil, pues el primordial deseo era abrazarlo y repetir antiguas confidencias en beneficio de estos países". En la misma recomienda al Mayor Alvarez Condarco quien viaja a Inglaterra con el propósito de comprar máquinas, libros para una biblioteca

---

(\*) WEBSTER, G. K., *Gran Bretaña y la independencia de América latina*, 1812 - 1839, t. I, pág. 145.

pública y otros efectos necesarios al Estado chileno, lo que habría de aceptar gustoso el Comodoro (4).

Al regresar a Chile ocurre el segundo desencuentro pues Bowle había partido para el Plata pero regresa en octubre y fué entonces cuando el general argentino ofreció un baile en su honor que dejó gratísimos recuerdos en la sociedad santiaguina, describiéndolo Haigh con todos sus detalles. A los pocos días —dice Miller— revistó las tropas a la espera de su ponderado juicio y que no se hizo esperar.

Tan solo dos meses habían transcurrido desde la llegada de Miller, cuando volvieron a encontrarse las tropas enemigas, esta vez en una llanura circundada por colinas boscosas y llamada Cancha Rayada por los habitantes de Talca.

Luego de algunos choques intrascendentes, sobrevino la noche del 19 de marzo y en tanto los americanos cambiaban posiciones, el adversario, favorecido por la oscuridad, emprendió el ataque haciendo cundir el pánico en las filas criollas y no siendo posible oponer resistencia, en quince minutos terminó la lucha. Era viernes y cuando la pálida luna de otoño asomó a eso de las diez por detrás del Descabezado, vanamente buscaron sus rayos el campamento patriota pues como por arte de taumaturgia se había transformado en cementerio. Los que no habían muerto, faldeaban la cordillera y descendían a la llanura sin árboles, caseríos o senderos, rumbo a Santiago, jadeantes y apesadumbrados.

No podía ser más lúgubre el texto de los primeros boletines ya que anunciaba la muerte de sus principales jefes y la pérdida de enorme material. Hubo quien juró haber visto suicidarse al propio San Martín. Por su parte, los convecinos buscaban a los suyos con la esperanza de encontrarlos vivos y del coro de tantas congojas surgía nítido el monocorde lamento de los timoratos que en cualquier vehículo o en mula

---

(4) Ratto, H. R., *Los comedoros británicos de estación en el Plata. 1810 - 1852*. Buenos Aires, 1945. El mismo autor afirma que la carta dejada por Bowles a San Martín en Chile, le fué confiada a Miller. *Op. cit.*, pág. 82.

abandonaban la ciudad al grito de A Mendoza! A Mendoza! A Mendoza!

El domingo subsiguiente, las campanas santiaguinas sólo emitían dindoneos de dolor, como uniéndose al estado de profundo pesar y desconcierto. Pero bien pronto cambió la situación pues días después se enteran en Santiago que San Martín vive y ya concluída la reorganización de las tropas, se dirigía a la ciudad capitalina. Guido se apresura a salirle al encuentro, logrando reunírsele cuando atravezaba el extenso campo de Maipú. No bien lo hubo saludado, acercó el jefe su caballo y sin poder ocultar el agobio, lo abraza, al tiempo que resbalaban de sus labios: "Todos mis amigos me han abandonado! "Pero no era así. La misma presencia de Guido desvirtuaba lo antedicho y a poco se supo que la serenidad de Gregorio de las Heras pudo salvar su división.

¿Y el flamante Capitán? También se había dejado arrastrar por el pavor y lamentaba a esas horas no haberse quedado en Buenos Aires por lo menos? Eran acaso falsos sus antecedentes o había flaqueado su ánimo al luchar por una bandera que no era la propia?

Cuando el triste recuento hubo concluído, se supo que había llegado con las fuerzas de las Heras y que en esa desgraciada noche tuvo la entereza de salvar la única pieza de artillería con que contaba su Compañía, recibiendo como justa recompensa el grado de Sargento Mayor. Cuatro días después, además de recomendarlo muy especialmente en el parte de la acción, San Martín lo nombra su edecán. Cómo se hubiera sorprendido el postillón al comprobar tal contraste entre su ligero juicio y la realidad!

Una semana más tarde, comían en casa de Mr. Begg los principales británicos de la ciudad y cuando aún estaban en la mesa, entra Miller manifestando en voz alta ante la pregunta de los circunstantes: "Se reharán y combatirán mejor para recuperar su gloria". Ese fué el notable anticipo de Maipú.

Pero él no habría de participar, pues muy pocos días des-

pués, el Libertador lo enviaba a Valparaíso con su Compañía para tomar posesión del "Wyndham" adquirido por el gobierno chileno y que con el nombre de "Lautaro" integraría la flota aliada. Y fué entonces Lord Cochrane o acaso la atracción del mar quien lo alejó de San Martín en los meses subsiguientes, convirtiéndose en el colaborador más eficiente del marino inglés y prestándole valiosísima ayuda para tomar el fuerte de Valdivia, considerado inexpugnable por los españoles.

Bien pronto la desgracia aleteó en su entorno ya que en el transcurso de la campaña, el Almirante había instalado un laboratorio de explosivos en la isla San Lorenzo y al estallar uno de ellos, brasó el rostro y las manos de Miller cegándolo por varios días y aunque curó, habría de lucir grandes cicatrices el resto de su vida.

Vino luego la campaña de los puertos intermedios y las sierras del Perú y el artillero, luego marino, devino en oficial de caballería, con tanto éxito que en abril de 1821 el gobierno chileno le confiere la Orden del Mérito y lo asciende a coronel. En diciembre, Perú le confiere la Orden del Sol con una asignación de veinte mil duros y dos años más tarde le otorgan los galones de general de Brigada.

Evidentemente, el antiguo teniente de Wellington con poncho americano y grandes espuelas de plata iba dejando una estela de admiración ante camaradas y adversarios. Bolívar le escribe pidiendo conocerlo y haciéndole saber, cuánto le debía América.

Los mismos españoles durante el armisticio que precedió al embarque de sus tropas en una de las tantas escaramuzas, no retacearon el elogio ante sus rápidas marchas y afortunados golpes. Pero su caballerosidad no era inferior a su temple. Y así lo demostró cuando cayó en su poder un capitán herido y al requerirle permiso para curarse en Arequipa —con la promesa de entregarse cuando se repusiera— no solamente accedió, sino que le brindó lo necesario para el viaje. Se hizo

entonces acreedor a la gratitud de sus propios adversarios, testimoniándosele con un presente.

Sobrevino luego la inesperada renuncia de su jefe. Hacía dos años tan sólo que había llegado dirigiendo el ejército y la escuadra unidos. Ahora se iba, pero cómo? Había vencido, es cierto; había expulsado al último Virrey; había independizado a Chile y al Perú pero Bolívar hizo privar sus razones en la célebre entrevista.

Además, había perdido a su mujer y el desagradecimiento lo ahogaba con su pestífero hálito. Los antiguos esclavos, liberados por su influencia y colmados de honores cuando lo merecieron, le daban ahora la espalda. Muy acertada estuvo la respuesta de Aristóteles cuando al requerirse su opinión sobre lo que en la vida envejecía con mayor rapidez, dió su voto a la gratitud.

Por última vez cruzó San Martín la cordillera, ahora con el propósito de establecerse en su chacra de Barriales. Pero hasta allí le siguió la detracción pues no faltó quien le atribuyera haber traído el rescate de Atahualpa y esconderlo en abruptas gargantas de los Andes.

No pudo más y en esos días de febrero le escribe a O'Higgins que también había caído en desgracia: "vámonos donde no nos acordemos que todavía existen hombres".

Un año más soporta en su refugio mendocino con la esperanza de lograr la tranquilidad tan anhelada y mientras Buenos Aires crece desmesuradamente bajo la serena administración de Gregorio de las Heras; cuando por las tardes podían oírse en la Legislatura los elegantes discursos de Valentín Gómez y la Alameda —notablemente prolongada— era el sitio obligado de los elegantes; cuando por las noches deleita Lafinur con sus sonetos los entreaectos del minué y se admiran los cuadros del saboyardo Pellegrini; cuando la sociedad culta es atraída al Victoria por la voz de Trinidad Guevara y las gracias de Velarde, un hombre de unos cuarenta y cinco años entra silenciosamente en la ciudad, recoge a su hija para librarla de los excesivos mimos de la abuela y el 10 de febrero

de 1823 ante la general indiferencia, parte con la niña rumbo a Europa: era el general San Martín (5).

Lleva pasaporte inglés y sin embargo desembarca en el Havre, pero resultando sospechoso a la celosa policía borbónica, marcha a Inglaterra donde tuvo la satisfacción de distinguir en el horizonte nuevos rayos del sol de la patria.

George Canning había logrado hacer popular lo sudamericano. Se esforzó y obtuvo que el Parlamento reconociera la independencia de la flamante República, diciendo que "había dado nacimiento a un nuevo mundo para equilibrar la balanza del antiguo". Sus soldados eran aclamados como héroes, San Martín y Bolívar eran citados como dos nombres de Plutarco. La ciudad escocesa de Banff nombra ciudadano honorario al vencedor de Chacabuco y Maipo y tres años más tarde haría lo mismo Canterbury con Miller (6).

Ocho meses estuvo San Martín en Inglaterra, donde sus viejos amigos, el Comodoro Bowles y Lord Mac Duff trataron en lo posible de hacerle menos agrio el pan del destierro. No obstante, decidió pasar a Bruselas por razones no del todo aclaradas todavía.

Y Miller? Su prestigio crecía. Había reemplazado a Mariano Necochea en la batalla de Junín al ser herido el jefe argentino y teniendo el honor de combatir en Ayacucho —la acción que rubricó la independencia de las antiguas colonias — haciéndolo en forma brillante pues condujo personalmente la última carga.

Doce años después de su salida desembarca nuevamente en su patria, haciéndolo en Falmouth el 6 de julio de 1826 siendo recibido con todos los honores. En Londres, los clubes del Servicio Unido y del Viajero lo designan miembro honorario igual que la ciudad de Canterbury. Pero no por eso ol-

---

(5) Es interesante observar que el homenaje numismático a San Martín se inicia en el año 1878, cuando se acordó la repatriación de sus restos.

(6) El documento original que lo acredita a San Martín como ciudadano honorario de Banff, se encuentra en el Museo Mitre de Buenos Aires.

vida a su amigo. Marcha a Bruselas donde lo encuentra viviendo en un pequeño departamento y comiendo en un "cercle" o club de abonados, en tanto proseguía la educación de su hija en un internado inglés de la misma ciudad.

Más tarde fué a reunírsele su hermano Justo y entonces alquiló una casa en las afueras, destinando las mañanas al cultivo de un pequeño jardín y en el taller de carpintero; los paseos distraían sus tareas y las noches eran asorbidas por la lectura y el ordenamiento de papeles públicos.

Aunque Miller le hizo una visita breve, continuó testimoniándole su aprecio en forma epistolar: "Creo que es inofensivo —manifiesta en una de ellas— decir cuán grato me será volver a saludar a Ud. y de asegurarle que ni el tiempo ni los sucesos políticos jamás han podido borrar de mi memoria lo mucho que debo al primer general que me distinguió y me dió la mano en América. Siempre he conservado gratos recuerdos del general San Martín —sigue escribiendo— y jamás he dejado de expresarlo abiertamente, lo que he podido hacer en todas partes y en medio de todas las reacciones porque no habiendo sido jamás partidario de ningún individuo, he podido sin inconveniente hacer justicia a los que según mi opinión la merecían".

La respuesta del Libertador no se hizo esperar y me permito transcribirla —en parte al menos— por ser tan elocuente: "Son demasiadas las pruebas que Ul. me dió —le dice— en el tiempo que estuvo a mis órdenes para dudar que en mi ausencia no haya Ud. conservado los mismos sentimientos. Si mi amigo, a su mérito repito y aunque su natural moderación se ofenda, permítame que le diga que si hubiera tenido la felicidad de tener en el ejército que mandaba, sólo seis jefes que hubieran reunida las virtudes y conocimientos de Ud., yo estoy bien seguro que la guerra del Perú se hubiera terminado dos años antes de lo que ha concluido".

Con estas líneas consideramos ampliamente demostrada la pureza de sus sentimientos. Por eso sorprende Mitre —el que mejor lo ha estudiado aún sin llegar a conocerlo personal-

mente— que lo conceptuara modesto por temperamento y por sistema más que por virtud. Hay además una evidente contradicción en tal acerto como señala agudamente Villegas porque la virtud no es causa ni medio sino un efecto. Se es virtuoso porque se es modesto y no a la inversa (7).

En otras cartas le propone Miller realizar un viaje hasta la India y volver por Nueva York, cosa que San Martín, aunque tentado, rechaza ante su mala salud y avanzada edad, según le dice.

Desde entonces la correspondencia sufre largas pausas pues Miller regresa al Perú y en 1828 el propio San Martín a Buenos Aires aunque sin desembarcar. No quiso como Ulises, ni siquiera contemplar el humo que se elevaba de su patria y fiel a la consigna impuesta, volvió al exilio, esta vez para siempre.

La caída de los Borbones le abrió las puertas de Francia, donde viviría el resto de sus días. Sin embargo, la Revolución del 48 tornaba peligrosa su sensible vida y entonces marcha a Boulogne pues si acecha el peligro, sería factible cruzar rápidamente a Gran Bretaña.

En tanto, París y el Grand Bourg quedan atrás definitivamente. Ahora se le presenta una ciudad moderna que para refirmarlo había inaugurado recientemente su línea férrea a la capital. Nada restaba ya de la villa que fundaron las legiones de César tal vez para vigilar desde sus brumosas costas las vecinas tierras de los britanos. Tampoco quedaban rastros de los reductos feudales y no obstante niéganse a olvidar del todo al ayer, demostrándolo las mujeres del pueblo con sus originales vestidos y cofias, idénticos a las usadas por sus antepasadas del medievo. Y al requerirse mayores antecedentes históricos, repiten orgullosos que allí nació Godofredo de Bouillon, el conquistador de Tierra Santa y en su puerto preparó el primer Bonaparte la flota con que pensó invadir Inglaterra.

---

(7) VILLEGAS, A. G., *Un documento de San Martín con referencias históricas*, pág. 5 infine, Buenos Aires, 1944.

Así era su último reducto, al que en el ambiente familiar daban alegre marco dos nietas que endulzan en último tercio de una vida que llega ya a su término a pesar de no denunciarlo su prestancia, porque los años —según la deliciosa opinión de Ovidio— “vienen sin producir ruido (*tacitis senescimus annis*) y nadie se percata de que envejece hasta que es ya viejo”.

Un bienio después, todo terminaba, ya que al dar el reloj la última campanada de la tarde, en el día, el mes y el año que todos recordamos, llegó —tal como él dijera en pulcra frase— la tempestad al puerto.

Miller le sobrevivió once años todavía. Las luchas civiles del Perú le tuvieron en lugar relevante unas veces y desterrado otras. En 1861, el Presidente Castilla dispuso su reposición en el cargo pero sufría las consecuencias de un balazo y deseó volver una vez más a su patria. Se embarca el 17 de octubre y como el buque demorara unos días en partir, permanece a bordo, ya enfermo. De intento se retrasa ahora el viaje. El 29 perdió el habla y fallece el 31. Embalsamado su cadáver, se le sepultó en Lima con todos los honores y desde entonces la tierra americana guarda los restos “del más calificado de los jefes extranjeros que actuaron en las guerras de la independencia sudamericana”, según lo considera Yaben (8).

---

(8) YABEN, J. R., *Por la gloria del General San Martín*, pág. 121, Buenos Aires, 1950.

## II

ARGUMENTO: I) a. - Valoración historiográfica de las Memorias de Miller. - b. - Ediciones alcanzadas. - c. - Trascendencia de la obra. - d. - Críticas de "El Lucero" y del general Enrique Martínez. - e. - Opiniones de Carbia y de Yaben. - f. - Nuestro punto de vista respecto al cambio de firma. - g. - Presunciones respecto a su educación. - h. - Principios británicos y alemanes: Arnold y von Humboldt. - i. - Correspondencia entre San Martín y Miller respecto a la obra en preparación. - j. - Los Memoristas británicos en la historiografía nacional. - k. - La sugestiva atracción del Libertador sobre Miller.

De intento hemos alterado el orden cronológico de esta relación para detenernos en las Memorias del admirable soldado, tanto como ellas lo merecen.

La primera edición apareció en 1828; al año siguiente se editó otra también en inglés y la primera castellana, siendo la más corriente impresa en Madrid en 1910.

La obra menciona no solamente hechos de su actuación sino también otros que sirven de antecedentes para comprenderlos, tales como el carácter de la conquista española y los sucesos de Mayo.

Su trascendencia fué considerable en la Argentina pues "El Lucero" si bien refuta algunas apreciaciones en los números 319, 330 y 1005, publica, no obstante, alguna de sus partes.

También el general Martínez hizo algunas rectificaciones aunque sin dejar de manifestar que "ellas han sido la primera relación que ha salido de este género..." (9). Tampoco Yaben le escatima elogios, calificándolas de "inapreciables" (10).

Pero lo curioso, es que ellas llevan la firma de su hermano John y Carbia —después de elogiar la obra— deduce que

---

(9) *Contestación del señor general D. Enrique Martínez a un pasaje de las Memorias del general Miller.* En "Documentos del Archivo de San Martín", t. XIII, págs. 473/83, Buenos Aires, 1911.

(10) YABEN, J. R., *op. cit.*, pág. 121.

son recuerdos indirectos, cosa que aceptamos con muchas reservas.

¿Qué pudo haberle guiado a Miller dejar que la obra lleve únicamente la firma de su hermano y aceptarlo Carbia sin ninguna explicación? Tratemos de proporcionar respuesta a las preguntas formuladas y llenar —de ser posible— este pequeño muñón historiográfico.

No debe olvidarse que gran parte de la correspondencia intercambiada alude a las Memorias en preparación. En una de las cartas datada en agosto de 1826 y escrita desde Londres, lamenta Miller que su hermano John —recién llegado del Perú— no haya podido entrevistarle. En otra, fechada en abril del año siguiente, manifiesta: “Me alegraré mucho cuando reciba las noticias o apuntes que últimamente he pedido a Ud. pues ya me hacen falta para continuar la obra. Se muy bien —agrega Miller— que es dar a Ud. mucha incomodidad; pero por otra parte es interesante a todo el mundo que no se pierdan hechos y datos tan importantes y que quizá sólo Ud. pueda dar con exactitud”. A renglón seguido formula algunas preguntas que no resisto a transcribir pues algunas de ellas ponen de relieve su espíritu de comprensión y señorío.

“Yo no se si Ud. lo sabe —expone en su cuestionario— pero uno de los cargos principales que le hacen sus enemigos, es que después de haber prometido seguridad personal y de propiedad a los españoles en el Perú, Ud. los obligó a embarcarse, quitando a unos la mitad de sus bienes y a otros cuanto tenían. Yo estoy impuesto de muchos de los injustos motivos —dice Miller anticipando la respuesta— y de la necesidad que había de desterrar a los españoles de Lima, a consecuencia de sus intrigas y del abuso que hicieron de la protección que les concedió, pero desearía tener unos datos le este asunto de Ud. mismo”.

“Diez renglones de hechos respecto a la toma del dinero por Lord Cochrane en Ancón, son de desear. Yo no quiero entrar a investigar las desavenencias que tuvo este señor, ni podía hacerlo tampoco por delicadeza, pero dar algunos hechos

positivos sobre el particular sí quiero y el público juzgará quien tuvo razón" (11).

En otras de las preguntas entra a un asunto del que muchas veces fué reprochado San Martín: su espíritu antirrepublicano pues Miller le dice: "Según algunas insinuaciones que he oído verter a cierto personaje, él quería dar a entender (se trata de Bolívar) que Ud. quería coronarse en el Perú y esto fué el principal objeto de la entrevista de Guayaquil".

En realidad, el monarquismo de San Martín considerado durante mucho como un error o acusación de enemigos ha sido actualizado con nueva documentación y planteamientos distintos a los utilizados hasta ahora (12).

Por último, no podía Miller evitar la mención de la Logia lautarina y dice al respecto: "Yo no sé si convendría exponer los males que causó la logia establecida en Buenos Aires y cómo por ella quedó Ud. con las manos atadas, cuando era necesario obrar con actividad y hacer un ejemplo con algunos jefes".

Diez días después llegó la respuesta. Considera en primer término el asunto de la logia, estimando que es algo enteramente privado y aunque han tenido y tiene gran influencia en los acaecimientos de la revolución de aquella parte de América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos". Y en lo referente a su posible coronación le contesta sin ocultar su enojo: "Si, como no lo dudo (y esto sólo porque me lo asegura el general Miller) el cierto

---

(11) En realidad Miller no era tan imparcial como dice serlo pues tenía su composición de lugar al respecto. En una relación hecha poco antes de morir, manifestaba: "Lo cierto, a fin de cuentas es que el tal Cochrane era un loco rematado, pero maravilloso; incómodo y desinteresado como suelen serlo esta clase de locos. Nuestra América no los ha comprendido nunca y en lo que toca a Chile tampoco entendió nada de Cochrane como no fueran sus triunfos". Citado por YABEN, J. R., *op. cit.*, págs. 93/4.

(12) Véase en tal sentido: *San Martín y el Perú*. Planteamiento doctrinario por JOSÉ DE LA PUENTE CANDAMO, Lima, 1948; obra con gran acopio de material novedoso. No obstante se le pueden hacer algunas objeciones tal como la referente al antimonarquismo de los Enciclopedistas, cuando sólo era Rousseau y no en forma amplia.

personaje ha vertido estas insinuaciones, digo que lejos de ser un caballero, sólo me merece el nombre de un insigne impostor y de un despreciable pillo, pudiendo asegurar a Ud. que si tales hubieran sido mis intenciones, no era él quien hubiera hecho cambiar mi proyecto". Y como Miller aludiera también a la célebre entrevista, rompe su silencio por primera vez y da como motivo del fracaso, la ninguna cooperación de Simón Bolívar.

Como puede apreciarse, San Martín contribuyó y en no poco a la tarea empeñada por su amigo, resultándole más fácil hacer la historia que escribirla como López o pensarla como Alberdi. Por eso limitóse a ordenar los papeles que su hijo político habría de entregar a Mitre y a Vicuña Mackenna en más de treinta mil piezas.

Debe aceptarse entonces que fué su hermano John el autor de la obra por el simple hecho de haber omitido su nombre? No parece confirmarse con los párrafos transcritos y más, cuando llamado por el Presidente Lamar desde el Perú, posterga el viaje para concluir el libro. Y el fundamento más sólido sobre el cambio aludido se robustece —a nuestro criterio— en la post-data de una esquila del mismo San Martín ya que señala: "Permítame le haga una observación, la que espero no la atribuya a un exceso de moderación sino a verdadera justicia. Ud. carga demasiado la mano en elogios míos; esto dará a su obra un aire de parcialidad que rebajará su verdadero mérito. Conozco demasiado bien —prosigue el ilustre expatriado— la honradez e independencia de su carácter para atribuir sus elogios a deferencia hacia mí, pero por lo general, la amistad no es a la verdad un juez bien imparcial".

Estas apreciaciones robustecen la opinión de que Miller decidió omitir su nombre para ponerse a cubierto —aunque más no sea en parte— de tal acusación. Pudo también aducirse que requirió fraterna ayuda como palmaria demostración de ineptitud, más aún si se recuerda que entró al ejército siendo adolescente y pasó el resto de su vida —salvo esporádicos intervalos— en el ajetreo de la lucha. Pero también se des-

virtúa la afirmación al saber que hablaba correctamente francés y dominaba a tal punto el castellano que tradujo el *Raselas* de Sam Johnson como simple forma de combatir el hastío de un viaje.

¿Cuál pudo ser entonces su educación? No es difícil inferirlo. En las "Public School" a las que debió haber concurrido, no se recibía enseñanza utilitaria sino clásica, a usanza medieval, en que fuera de latín y griego, tenían importancia secundaria, las matemáticas, la historia y la geografía, concitando así la protesta de los benthamistas.

Thomas Arnold fué su renovador y animador, presentando así Inglaterra notable contraste con lo propugnado en Alemania por von Humboldt. Este había reemplazado los internados por externados, haciendo de ellos, escuelas del Estado. Arnold, en cambio, defendió la primera forma, alejando la intervención estatal y dando mayor importancia al carácter que a la inteligencia, logrando así dejar intacta, la individualidad, la autonomía de cada escuela y la libertad del "headmaster". Incidiría eso en la vida de comunidad, en el espíritu familiar, en la intimidad y confianza recíprocas entre maestros y alumnos. Si bien las matemáticas se incorporaron a los programas de Harrow y Eton recién en 1836, las cinco horas diarias de latín habría de formarles en ese rigor lógico que otorga la lengua del Lacio a quien se introduce en su espíritu. Además, la música, el dibujo y la gimnasia, como en la Grecia de Pericles, ocupaban lugar de privilegio. Tenía pues un sentido muy profundo la frase de que la batalla de Waterloo fué ganada en los campos de Eton.

En lo que respecta directamente a Miller, las lagunas que pudo haber en su apresurada educación, las llenó en su edad viril, pues antes de venir a Buenos Aires siguió un curso especializado de matemáticas y técnica militar y no detuvo su inquietud en conocer los rudimentos del castellano, sino que la lectura intensiva del Inca Garcilaso habría de darle mas adelas grandes satisfacciones morales.

En cuanto a la obra, cabe decir que contribuye a faci-

litar la comprensión de una época en forma muy distinta al frío documento oficial, del bando, la proclama, el acta o el informe.

Es verdad que dedica gran parte del libro al aspecto militar, eje de una actuación nada deleznable, pero de cualquier modo viene a sumarse a los Memorialistas que la Argentina está casi desprovista pues las obras de Gregorio Rodríguez, Manuel Moreno, Tomás de Iriarte, José María Paz, Gregorio Aráoz de Lamadrid, Manuel de Olazábal y José Antonio Wilde, sólo constituyen aportes incompletos.

Los escritores europeos han salvado en gran parte ese vacío y en especial los viajeros británicos cuyas obras —en número de unas trecientas cincuenta— superan en mucho con su labor historiográfica a todos los demás.

El mismo aspecto iconográfico es tan pobre que se debió “inventar” a ciertos personajes reclamados por la imaginación popular (<sup>13</sup>). Pero cuando Carlos Aldao inició hace sólo unas décadas la traducción de los libros de Robertson, como un cenital que se desgarró, surgió una Argentina de gauchos y carretas; de patios emparrados y aljibes con tortugas; de damas con mantilla y miriñaque y tertulias iluminadas a quinqué; con ruidos que producen el entrevero de lanzas y el nocturno alarido del malón provocando un calofrío que escurre la sangre, todo, todo llevado al papel con amable ironía y bondadosa comprensión, cuando la remembranza desborda el pensamiento y busca el cauce del libro en el silencio de una Manor House.

---

(<sup>13</sup>) Tales son los casos de Mariano Moreno, Mariano Vera y Martín de Güemes, ya que del primero se desconoce su fisonomía y el retrato que del segundo se exhibe en la Sala de Gobernadores es en realidad el de su hermano Bernardo, de gran actuación en Chile. En cuanto al último puede también afirmarse que el barbado rostro con que le reconoce el común de las gentes, es falso, pues no ha llegado hasta nosotros nada que lo autorice. Por el contrario, Alice, inspirado en el hijo mayor del general —que según la tradición familiar tenía extraordinario parecido con su padre— pintó un Güemes que sólo admite el respeto artístico. Ver FIGUEROA GÜEMES, MARTÍN, *Verdades documentales para la historia de Güemes*, Santa Fe, 1948.

Qué pudo haberle hecho inclinar tan decididamente a Miller por el general argentino? Había actuado a sus órdenes, es cierto, pero también lo estuvo con el correctísimo las Heras, con el audaz Cochrane y el brillante Bolívar. El mismo había llegado a mariscal tras largo y brillantísima campaña y sin embargo, San Martín estuvo para él en un plano superior. Y al recordarlo como de quien había recibido las mayores deferencias en suelo americano, le hacía el mayor de los elogios, pues le otorgaba a su innegada energía, inmensa bondad y espíritu de justicia. Es que la primera condición sin aditivo puede conjugarse con aquéllos de quienes la humanidad guarda triste recuerdo y el saldo de su obra es sólo de lágrimas, luto y una inmensa caravana de blanquecinos huesos bordando como en reproche el tortuoso camino de su vida.

Napoleón, por ejemplo, era hombre de singular energía pero desprovisto de principios, teniendo muy triste concepto de sus semejantes "Los hombres son cerdos que se alimentan con oro, dijo un día; así pues, yo les arrojé oro y los llevo donde quiero". Si San Martín estuvo de acuerdo en alguna oportunidad con el Emperador de los franceses, fué debido únicamente a los grandes desengaños, no porque negara su amistad. Y si bien escribiría desde Bruselas que "de los tres tercios de habitantes de que se compone el mundo, dos y medio son necios y el resto pícaros, con muy poca excepción de hombres de bien", suavizó el concepto en la Proclama a los hombres del Plata dada en 1820 cuando manifestaba "No he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos".

Miller lo veía distinto ya que su admiración no era circunstancial como pudo apreciarse, considerándolo como el prototipo del héroe. Veamos si estaba equivocado (14).

---

(14) En una exposición hecha al general Echenique, -dice Miller: "Cuando reflexiono sobre la manera en que el ilustre San Martín, el libertador de Chile y el fundador de la libertad del Perú, tan perfecto caballero en su proceder, modales y conducta, cuya bondad de corazón era tan conspicua como su gran capacidad y a quien era imposible conocer sin admirarlo; cuando, repito, pienso sobre la manera que este

## ESTIMATIVA DEL HEROE

(Para una adecuación axiológica del General San Martín)

ARGUMENTO: I) a.- Predisposición herológica de los pueblos. - b.- El héroe cosmogónico. En Grecia, Roma y en los adeptos a la doctrina del Corán. Caracteres. Opinión del benedictino Feijoo. II) a.- El prócer. Origen semántico de la palabra.- b.- Idem del caudillo, cacique y adalid. - d.- Concepto sarmientino del caudillo. - e.- El santo religioso y el moral. III) a.- El valor y la valentía; concepto aristotélico. - b.- Fuerza física y metafísica. IV) San Martín como arquetipo del héroe. Aspectos de su vida que contribuyen a tipificarlo.

Frente a un problema de gravidez nacional no cabe una regla sustantiva sino el hombre concreto pues el hecho no está en cómo se hace sino en quien puede hacerlo.

Surge entonces como obligado complemento una predisposición herológica en los pueblos, cualquiera fuera su grado evolutivo, observándose el relieve de algunas figuras gigantizadas por natural gravitación.

Complementando eso, se adita lo hazañoso, lo admirable o lo considerado como tal, que noveliza la imaginación, adhiriendo con más fuerza que la realidad. Y ese mito —aún admitiendo su procedencia irracional— resulta de una fuerza incontrastable.

Surge así el héroe admitiendo antiquísima alcurnia pues ya existía en las más remotas cosmogonías. El Sol, en esa forma considerado, liberta con sus áureos brazos a la rubia Aurora de las traidoras garras de la noche. Rama —según el Ramayana— lucha por libertar a Zita y en la epopeya per-

---

desinteresado campeón de la independencia de América del Sur, que de todos ellos más se asemeja a Washington, fué tratado por las dos repúblicas que había servido tan eficientemente. Yo, con méritos y servicios tan inferiores, no debía quizá asombrarme de la injusticia e indigno trato que he experimentado desde que se vieron libres de enemigos extranjeros". (Del Archivo de Angel J. Carranza y citado por J. R. YABEN, op. cit., págs. 363/4).

sa, Gilgamesh combate a las fuerzas hostiles representadas por Chambamba, guardián de los Cedros Sagrados. De este origen provienen todas las leyendas heroicas de occidente. Sigfrido... Rolando... son sus legítimos herederos.

Tampoco el concepto semántico es infiel a la leyenda, considerándose en Grecia persona semidivina y divina en Roma así como entre los adeptos a la doctrina del Corán, pero siempre enlazada a la realización de lo más noble, es decir, de un valor "puro", no técnico (15).

La idea fué evolucionando a través de pueblos y épocas y aunque ha ido perdiendo en su transcurso algo de su carácter mítico, en verdad desorienta y apesadumbra verlo resurgir en algunas sociedades modernas. Pues si bien entre los dayaks, por ejemplo, por ejemplo, hay una identificación con ese ser sobrenatural, haciéndole por consiguiente objeto de ceremonias especiales, no resulta culto exclusivo de tales pueblos ya que encuentra su réplica en otros más evolucionados, que insisten en otorgarles virtudes al héroe para sólo poner de resalto que las mismas se hallan encarnadas en todos los habitantes del país, viniendo a resultar el intermediario obligado entre las potencias del mundo invisible y el grupo social. Se trata, como señala Lévy-Bruhl de una especie de acción de presencia, comparable a la del metal en la catálisis (16).

---

(15) El concepto romano del héroe no fué invariable. Cuando se extendió el Imperio, los generales recibieron honores divinos de muchos Estados. Antes de que muriera la República, Roma ya se iba aproximando al culto herológico y al antropomorfismo de Grecia. Pero con Julio César se dió un paso atrevido, bien por su propio deseo o por las intrigas de Marco Antonio. Su estatua fué llevada procesionalmente con los dioses y colocada en un templo, fué aclamada como "Deus Invictus". Se estableció un nuevo gremio de sacerdotes en su honor y a su muerte, el primero de los romanos, fué formalmente deificado. El precedente lo habría de utilizar Octavio para proclamarse "Divi Julii Filius".

Tomás Carlyle, en su famosa obra, divide a los héroes en seis categorías, pero estimamos que debió haber dedicado un capítulo previo a la teoría del héroe, tal como lo hizo Aristóteles con el valor, por ejemplo.

(16) LEVY-BRUHL, D., *La mentalidad primitiva*, pág. 313, Ed. Lautaro.

Aunque no puede dejar de reconocerse que la herolatría es un concepto aristocrático de la historia y por consiguiente un producto de supersticiones demagógicas y colectivas —corroborado por la definición de Groussec— no debe olvidarse que el héroe, mal puede conjugarse con el mito que es de reacción subjetiva (17).

Corresponde entonces rechazar la idea de que los griegos identificaran a Fidias con Aquiles o a Sócrates con Zeus como parece deducirlo Giménez Caballero, aún socorriendo su tesis con el psicoanálisis de las religiones (18).

No obstante, la misma concepción greco-romana se presta a confusiones y por eso el pensamiento se desliza insensiblemente hacia sus caracteres en un intento de tipificarlo, señalando sus prendas, aunque admitiéndose algunas como originales y compartibles otras.

Entre ellas, hay una calidad que no puede adquirirse ni imitarse y aunque no es imprescindible es la más imponente. Se suple pero no se iguala, produciendo mayor efecto que la verdad y lo bello: es la grandeza. Puede residir más bien en la forma que en el pensamiento, no ser aditivo obligado de una inteligencia superior ni del arte más profundo. Es atributo raro de esos espíritus equilibrados que no en forma prodiga suele dar la humanidad, logrando el consenso tácito de estar ante un ser superior, no por su poder, sus riquezas, su cuna o su talento, tanto como por esa cualidad, traducida en la modestia con que desempeña el cargo encumbrado y en la serenidad con que los abandona. En no considerarse irremplazable, aunque en verdad lo sea y en el mutismo impuesto al labio o a la pluma cuando el zarpazo del rencor intenta mellar su nombre.

La "andreia" griega, la "virtus" romana —rechazan-

---

(17) GROUSSAC, P., "...héroe es un fragmento de historia combinado con la leyenda". En: *Génesis del héroe*. "La Biblioteca", t. III, pág. 47.

(18) GIMÉNEZ CABALLERO, E., *San José*. (Contribución para una simbología hispánica). En "Revista de Occidente", año VIII, nº LXXXIII, pág. 181/2. Madrid.

do eso sí la interpretación hegeliana respecto a ésta— o la “virtú ordinata” de Machiavelo es ya una de las características singulares pues denuncia su varonía (19). Y el benedictino Feijoo manifiesta que “los héroes de verdad son hechura de la virtud, debiéndose rechazar como contrahechos o adulterinos cuantos se fabrican en la oficina de la ambición. Hombre grande y malo es contradictorio” apunta el profundo pensador. Por eso no puede ser así considerado, quien busca la prosperidad de sí mismo o del grupo profesional a que pertenece. La voluntad del héroe es empleada frente a la vida en modo muy diferente a la del místico que abre su alma al infinito a la vez que rechaza lo cercano o como el genio, con superabundancia de intuición. El mundo de aquél es de plena resistencia y su afán es incontenible por el hombre de Estado cuando no se reúnen ambas jerarquías en la misma persona.

Tesón en sus propósitos, calma en el infortunio y personalidad en el momento de actuar se suman a las anteriores cualidades. Pero sus actos se diferencian de los del prócer (20), precisamente en que si bien ambos ocupan y desempeñan lugar principal, este último, no obstante sus puntos de contacto, lo es a veces por derecho propio y otras por delegación superior pues formaba en la Edad Media el *estamento* a que daba su nombre. El héroe en cambio, no se engavilla en ninguna hueste aunque las circunstancias lo aparenten, no de-

---

(19) La “virtú ordinata” del lenguaje machiavelico suele traducirse equivocadamente por virtud pero en realidad no tiene equivalente en castellano. En el sentir del gran florentino quería significar espíritu, impulso, ambición y voluntad de alcanzar el poder.

(20) *Prócer* es palabra latina derivada de *procella*, borrasca y de ahí *proceloso*. De *procella* se formó *procello* que significa *conmover*, agitar, dar vaivén a las cosas, como la borrasca o lo *proceloso* da vaivén a la marea. Esto demuestra que la voz *prócer* significó primitivamente la idea de movimiento, de dirección. Los *próceres* eran los agitadores de los pueblos, los promovedores o instigadores de los pensamientos y de las empresas; la inteligencia activa y poder que inspiraba a los demás. Era el elemento *proceloso* (*conmovedor*) de la sociedad primitiva. Después pasó a significar cabeza, jefe, magnate, porque los que se ponen delante de los pueblos son ordinariamente los que gobiernan.

biéndosele confundir con el caudillo, aún impugnando su acepción deleznable (21).

Las semejanzas existentes entre héroe, prócer y cacique distan mucho de la identidad, y pueden ser fácilmente bascu-

---

(21) *Caudillo* proviene del bajo latín, *capdelus*, derivado de *caput*, cabeza. Mantuvo lugar honorable en suelo español. Así en la Partida I, Título V, ley 3ª, se dice: "Ansi como la cabeza es sobre todos los otros miembros, ansi San Pedro fué sobre todos los Apóstoles e por eso es llamado capdillo dellos". Tal concepto —como es de suponer— pasó a América y así vemos que el estado permanente de guerra que obligaba a militarizarse a los vecinos de Buenos Aires, les imponía la necesidad de un jefe para el combate que se aguardaba siempre. Cuando se ausentaba el gobernador titular o moría o bien quedaba apartado por enfermedad, el Cabildo elegía un reemplazante que por su valor y prendas personales mereciera dirigir el ejército. Este jefe provisorio era llamado caudillo por ser el adalid de la ciudad, el hombre de armas que ocupaba la Capitanía. Sin embargo, esa acepción pierde valor en la época independiente como parece desprenderse de la siguiente cita que Barros Arana transcribe en su "Historia Jeneral de Chile" al manifestar que San Martín remitió a Buenos Aires a los soldados de Carrara cumpliendo un deseo del Director Supremo pero acompañado de una parte que decía: No quiero emplear a esos soldados que sirven mejor a su caudillo que a la patria". Este parecería ser el concepto dominante, aunque no debe rechazarse una bivalencia de las acepciones. Este último, podría estar representado por Alcibíades quien pierde Mantinea y se le recompensa con el mando de la flota que se apresta contra Sicilia. Somete a Melos en forma cruel y Atenas no sólo lo perdona sino que lo enaltece. Pero cuando por fin se le llama al orden, se ofrece a Esparta o acude al sátrapa persa Tisafernes en busca de fortuna y mayores honores. Distinto era el caso de Condé que si bien combatió en filas enemigas a las de Francia lo hacía para luchar contra su rey solamente, pues consideraba nefasta su actuación y estimaba como muchos otros emigrados honrosa esa actitud.

Los recursos a que recurre el caudillo son bien distintos de los del héroe pues logra aglutinar su gente presentándole un enemigo común, invisible las más de las veces y esto así, ya que no ignora que la mayoría siente sus antipatías con mayor vigor que sus simpatías; éstas son débiles y los odios tenaces. Y desgraciadamente uno de los rasgos humillantes de la naturaleza humana es que sentimos más las pequeñeces que nos irritan que las atenciones que nos miman.

Estas apreciaciones no han perdido actualidad, como muy bien lo explica Spengler cuando dice: "El hombre moderno vive en una sociedad que ha de hacer frente a problemas tan complejos, tan difíciles de interpretar y tan áridos de resolver que el hombre medio desespera de dominarlos. Pedirle que se haga dueño de las circunstancias es pedirle un imposible. De ahí que no debamos sorprendernos si la muchedumbre, confusa y desorientada clama por el caudillaje. En esta aspiración política late un oculto deseo que viene de las zonas de lo incons-

ladas con las diferencias. El héroe lucha por la libertad de su pueblo sin inmiscuirse en sus disenciones internas y conciliando en esa forma el agradecimiento nacional; cacique y caudillo luchan en beneficio propio y después en el de su grupo, procurando un interés material bien manifiesto.

Mayores puntos de contacto tienen caudillo y cacique, pues ambos hacen alarde de su destreza y un culto del coraje (singularizado por gran dosis de cólera) e impuesto para alcanzar celebridad aunque para eso deban sacrificar innúmeras vidas.

El estipendio es ineludible en éstos y por eso necesitan del poder como fin indispensable. El héroe, en cambio, es el adalid<sup>(22)</sup> que no cede su puesto de peligro y se guía exclusivamente por el cumplimiento de sus deberes, resultándole el poder sólo un instrumento, un medio. No lo busca, se lo ofrecen y lo desempeña por medio del valor que consiste en no buscar la lucha sino en afrontarla cuando se presenta<sup>(23)</sup>. Así se lo ordenan la moral y su convicción, pudiéndosele de esa manera considerar santo no desde el punto de vista religioso o numinoso —como distingue Rudolf Otto— sino el que abarca lo moralmente bueno o perfecto<sup>(24)</sup>.

---

ciente: el anhelo de volver a la infancia, dichosa edad exenta de preocupaciones, en que el padre benévolo acepta la responsabilidad toda de adoptar decisiones a cambio de obediencia". *La decadencia de Occidente*, pág. 250 (versión española).

<sup>(22)</sup> *Adalid* es definido en la Partida II, título V, ley 22 como "guiador" porque ellos deben haber en sí todas estas cosas sobriedad para saber guiar las huestes y las cabalgatas en tiempo de guerra.

<sup>(23)</sup> El valor nace y crece a medida que se elevan por la inteligencia y la voluntad los seres de puro instinto, exigiendo como condición la idea de muerte. Por eso no puede otorgársele tal clasificación a los animales ni al hombre primitivo". HUOT, LUIS y VOIVENEL, PABLO, *El valor*. En Revista del Círculo Militar, Buenos Aires, 1944, pág. 304 y *passim*.

<sup>(24)</sup> En la opinión de un moderno tratadista, el héroe de España no es humano sino metafísico. Quiere salvarse del pecado por el heroísmo. Porque héroe es el hombre que muere como un santo aunque viva como un pecador. Lucha porque cree que la vida se conquista luchando. ROCAMORA, PEDRO, *Hombre, paisaje y política*, pág. 46, Madrid, 1948. De aceptarse eso, debemos admitir que es errónea la apreciación de Gracián cuando habla del "héroe del cielo". *Obras Completas*, cap. "El héroe", pág. 24. Pfänder, a su vez, afirma que en la Ética de Kant no tenía cabida ni el santo ni el héroe.

Caudillo y cacique no mantienen en cambio la misma prudencia y ante el riesgo recurren a la valentía que es exhibicionista y provocadora. Basta muchas veces ignorar el peligro para creérsele valiente, decía Aristóteles (25).

Por otra parte, recurrir a la fuerza, es hacer prevalecer su aspecto físico que es preciso distinguir del metafísico. Este sirve al hombre en la medida que sabe refrenarse; aquél es la violencia, vale decir su intensificación irresistible y por consiguiente suicida al no reconocer límites y menos aún sus acechanzas. Por eso, entre los que la adoran por lo que tiene de sojuzgadora y los que se inclinan por debilidad, está el héroe que recurre a ella como recurso irremplazable y no sin cierta repugnancia (26).

Esa repulsa a los medios violentos está muy mejor del temor, ya que el héroe, cualquiera sea la esfera en que actúe, está dispuesto a hacer el sacrificio de su vida antes que desistir de las ideas que sustenta, entrando no pocas veces en la despiadada categoría del martir de la ciencia, de la religión o de su patria.

Además, aunque héroe, caudillo y cacique se valen del lenguaje mesiánico, estos últimos lo utilizan como señuelo de mezquinos intereses y el otro como recurso ductor de grandes fines porque aquél busca el triunfo y los otros se conforman con el éxito, que es un débil sucedáneo (27).

Estas apreciaciones vienen a reunirse en un hombre, fa-

---

(25) ARISTÓTELES, *Moral a Nicómaco*, págs. 102/12 (passim).

(26) Puede aclararse aún más el punto. La fuerza vence y en cambio el poder triunfa. Trasladado al campo político, puede distinguirse entre gobiernos que tienen fuerza y otros poder que es la única forma de gobernar.

(27) Es curioso observar como Europa, atada a prejuicios de toda índole, ha visto acaudillar naciones por hombres de distinta raza. Así, los caudillos más populares del movimiento nacionalista húngaro de 1848, Kossuth, jefe de la insurrección y Pétöfi, el poeta nacional eran de origen eslovaco; Mickievitch, el poeta nacional polaco, era ruso; Treitschke, el apóstol del imperialismo prusiano era de Bohemia e hijo de lapones; Disraeli, el creador del imperio británico, era por raza judío italiano y de Valera, jefe del movimiento separatista irlandés era de origen español.

cilitando así su tipificación herológica y eludiendo cualquier superposición en los conceptos aludidos.

En agosto de 1850 cerraba definitivamente sus ojos —ya privados de luz— el general San Martín, cuya escena postrera perdura y conmueve en el vívido relato de Frías. Ahora el centenario decanta las pasiones y permite reflotar el nervio de su espíritu ya depurado de la adiposidad que lo ocultaba e invita a transitar sus huellas no por el camino ya agotado de la biografía sino por el estrecho sendero de sus rasgos psicológicos.

Respecto a su figura, el agradecimiento de los pósteros no tuvo necesidad de agrandarla. Su estampa era de prócer. Alto, bien proporcionado y al conjuro de su nombre viene a la mente, no el anciano de agrisados cabellos, ni el vencedor de Chacabuco o Maipo de pelo enflecado a usanza de la época, rostro sumido, moreno, con facciones acentuadas por el pincel de Gil de Castro.

Es el San Martín de la bandera el que aceptan los argentinos en que la serenidad del rostro dice aún de laureles no lejanos. Así, a la fama ganada —cuando perdura el nombre— le habría de seguir la gloria, cuando prevalece la figura, como distinguía sutilmente el romano.

Puede en un todo considerársele el arquetipo del Libertador pues se opuso a participar en conquistas ni para la nación ni con el objeto de crear pequeñas satrapías. (Los límites del país no se ampliaron con sus victorias).

El prócer había anticipado al héroe tan pronto hubo llegado y su rápido ascendiente, más que en las promesas, estuvo en su ascetismo palpable y no en su habilidad de jinete o en la franquicia con la tropa, que marchó a sus órdenes dispuesta a todo sacrificio al apreciar los fines superiores propugnados y ante el ejemplo brindado sin ningún retaceo. Los encuentros de Arjonilla en España y San Lorenzo en América, en los que apenas pudo salvar la vida, dan buena prueba de ello.

¿En qué medida se le pueden atribuir entonces los ca-

racteres del héroe, tal como se pretende? Frente al crimen de la anarquía, el uso de la violencia no es simple medio instrumental sino justa punición y San Martín en cambio, prefirió la persuasión al rigor. Era la metafísica de la fuerza que habría de repetirse en la campaña del Perú.

Su personalidad, más que rebeldía, se expuso al responsabilizarse de los pagos a la tropa del Ejército del Norte y en su famosa desobediencia que apresuró el fin de la guerra.

Reveló además, manifiesto desamor a la gloria cuando cedió a su desconsolada nieta la medalla conquistada en Bailén; innegable modestia, al presentarse ante Belgrano como subalterno en la Posta de Yatasto y en su entrada silenciosa y anticipada en Santiago, Buenos Aires y Lima después de resonantes victorias; palpable desprendimiento, al donar parte de sus sueldos y sobre todo, espíritu nacional, cuando se negó a luchar por la independencia belga.

Ni afectación en el triunfo ni desesperación en la derrota lograron alterar su habitual modo de ser. Las sombras de Cancha Rayada no consiguieron abatir su fe en el designio perseguido, que a su término le vino a sonreír. Debe subrayarse asimismo, la magnitud y comprensión de las flaquezas humanas al quemar silenciosamente cartas comprometedoras de amigos indecisos y tibios patriotas.

El enigmático silencio guardado tras la célebre entrevista con Bolívar, dice mucho en favor de su virtud y confirma el concepto de Feijoo, pues dada la documentación en su poder y su posición de primerísimo orden, pudo rectificar rápidamente desmañados juicios que laceraron su espíritu pero no tuvieron la fuerza suficiente para despegar el labio, prefiriendo durante largo tiempo, el papel de testigo al de protagonista polémico. Recién en 1827 y a pedido del general William Miller, accedió a romper el mutismo que se había impuesto.

Por otra parte, las necesidades inherentes a su cargo, le obligaron a decidirse por personas y tendencias pero cuando el ciudadano reemplazó al hombre de mando, intentó colocar-

se por encima de las facciones en lucha, seguir en cierto sentido, el consejo que Apolo dió a su hijo Paethon al confiarle el carro del Sol, es decir, mantenerse cuanto fuera posible en el justo medio, pero su renuncia no fué suficiente para hacerle alcanzar el buscado silencio de su asoleada chacra mendocina.

Es indudable que este breve arqueo arqueológico, tendría un gran complemento en la psicopatología ya que habría permitido apreciar dentro de un marco biológico, esa catarsis de tan selectas propiedades que dejaba una obra sin pasivo.

Autética figura de héroe es en verdad la suya que crecerá en el tiempo y cruzará fronteras vedadas o indiferentes hasta hoy. Y aunque desconcierta la vieja superstición romana de que la lectura de los epitafios hacía perder la memoria —como si hubieran querido en esa forma desvanecer el recuerdo de los que se fueron antes— puede en cambio que el Mausoleo del general San Martín, grato a todas las generaciones argentinas, llegue a obtener en épocas aborascadas, el mismo privilegio que alcanzaron los sepulcros de los griegos ilustres, vale decir, derecho de asilo y virtud oracular.

LEOPOLDO A. KANNER

